

La Madre y el Hijo en la Poesía de Gabriela Mistral

ANDRES CIFUNTES RAMIREZ
COORDINADOR REGIONAL C.P.E.I.P.

Gabriela Mistral, la mujer más insignia que haya producido la patria, la que ubicó a Chile en la cima más alta y perdurable, cumplió con un extraño destino: convertirse, pese a su soledad, en la madre de todos los niños de América. Su ascendido y entrañable amor por la infancia, parece fluir de su sola condición de mujer y fortalecerse, tal vez, en la frustración de su maternidad. Alguno ha dicho que si la Sra. Lucila Godoy se hubiese casado con el Sr. Romelio Uribe, no habría existido Gabriela Mistral; habría sido la madre biológica de sus propios hijos, aunque resulte palmario decirlo. Sin embargo, el destino le tenía reservado, para su dolor, aunque para gloria de su patria y del idioma, la condición de madre plena y espiritual de todos los niños de esta tierra. Paralelo destino el de algunos grandes artistas: cantar lo que no se tuvo, lo que no fue. Y hacerlo con un acento más profundo, más bello y universal. Al extremo que se identifican en su voz los seres que no tuvieron las propias vivencias. Tal es el caso de Gabriela Mistral frente a la mujer madre, que ella no fue; y frente al hijo, que nunca tuvo. ¿Qué desgarradora certidumbre tienen para ella las palabras de Antonio Machado cuando dice: "Se canta lo que se pierde".

Entendió cabalmente la maternidad, porque se la ensañaron: su poderosa intuición de artista singular, y su espabilada sensibilidad de mujer en contacto con la vida palpable. Admitiendo cabalmente lo que siente la mujer grávida dice: "Por el niño dormido que llevo, mi faz se ha vuelto sigilosa, y religiosa mi consuelo, donde que lleva misterio. Mi voz es morena como por sordina del amor, y si que temo despertarlo. Con mis ojos húmedos ahora en los rostros el dolor de las tristes, para que las demás miren y comprendan las cosas de mi mejor empatidencia".

Muchos educadores y sociólogos recomiendan, como norma de bienestar mental, la abolición definitiva de la maternidad frente a los testimonios biológicos. Piensan, acertadamente, que cuando el hijo sepa que procede del vientre de su madre se sentirá más vinculado a ella; cuando sepa que se nació en su dolor y de la cal de sus huesos, la amará más profundamente. Dicen que hay una

sola persona que no evoca emocionalmente a su madre después de oír este poema, donde palpita todo el dolor y el amor de la mujer hacia el "fruto de su vientre", como certamente lo designa la oración cristiana. *"Talidense al sol naciente de mi doloroso hoy de mi prisión recóndita, y podrás morir de mi sólo sentimiento de ti a quien no conozco. Pero no creas que inocentemente esto trae tanto a mi memoria mis tristes lo guarda. Cuando nayo libre por los caminos, aunque miel llena, al rincón que lo asiste me regalar los carnes y mi grito pasará también por mi garganta. Mi llanto y mi soñada contemplación en tu rostro hijo nacido".*

Y qué magistral lección de conducta nos da, cuando al referirse a esa mujer que está experimentando, cotidianamente, la metamorfosis de todo su ser, nos dice: "Por ti, por el que estás adormecido, como hilo de agua bajo la hierba, no soy díscola, no me das trabajos. Perdonadme todo: mi descontento de la mesa preparada y mi odio al ruido. Me dirás los dolores de la casa, las pobres y los apenes, cuando la huyen puesto en unos pañales. En la frente, en el pecho, donde me toquitos estás tú, y lamentar un gemido respondiendo a la herida".

Su interpretación de la maternidad se convierte en "del modo", cuando descubre con su penetrante sensibilidad e imaginación: el gesto de la mujer fundida en los más inospesachados sitios: "No habrá visto antes la verdadera imagen de la tierra. La tierra tiene la actitud de una mujer con el hijo en los brazos, (con mis criaturas en los anchos brazos). Voy conociendo el sentido maternal de las cosas. La montaña que me mira también es madre, y por las tardes la noche juega como un niño por mis horizontes y rodillas".

Gabriela es la voz femenina más apasionada de la poesía castellana. Hay en ella una sinceridad hasta entonces. Su labia poñiblanda expresó como mujer auténtica el dolor de su fecundidad frustrada.

"Un hijo, un hijo, un hijo. Yo quise un hijo bajo y malo, allí en los días del sol naciente, en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo y un ancho resplandor creció sobre mi frente".

Toda la dulzura de la madre resumán-

tes estos versos sincillísimos, que están reclamando una melodía para una canción de cuna auténticamente chilena: "Está era una rosa llena de rocío, / ésta era mi pícota, / con el lejano viento".

Y el hijo, sangre y suelo de su madre; consagradora y esperanza de la mujer más que de nadie está cabalmente expresado cuando Gabriela dice: "Despierte, mi sangre dulce, / que así te doblaste, / oída mi voz, que te nroces, en rama de sangre, / de la que me tomaste, / dormiendo así, tan completo de leche y de sangre".

El amor de la madre suele estar lleno de obscuras aprensiones, de infinitados temores. Su dulce egoísmo de mujer triste con el tesoro forjado en ella misma, la hace despreciar cualquier condición para su hijo, que no sea la de estar siempre a su lado, en esa dulce comunión frívola y espiritual: "Te no querer que a mi niño, / guindrina me la nublaba, / Y mientras quiero que un día, / me la rojen a hacer reisa, / Lo pondrían en un trono, / a donde mis pies no llegan, / Cuando vengue la noche, / yo no podría sacarla..."

La identificación de Gabriela Mistral con la niñez, constituye uno de los aspectos más significativos de su quelader estético y magisterial. "Todo para los niños", decía; ellos no pueden esperar a mañana; el niño se llama "ahora".

De su necesaria preocupación por el destino de los niños fluyeron sus canciones de cuna y sus rondas, todo lo que se encuentra agujillado en su libro "TERNURA".

Desaparecida físicamente la madre espiritual de nuestra niñez, perduraría eternamente sus poemas infantiles, aunque no son ellos los que le dan la talla de su valía universal como poeta. En uno de sus poemas desciende asonanteamente al niño, y quiere ser uno de ellos en el correo. Ojalá que eternamente le estrechen las manos, y con la voz velada por la emoción de saberla muy suya, e hija selecta de esta tierra joven que tanto amó, le diga desde lo más fondo de su ser: "Dame la mano y dámazos, / dame la mano y me amarás, / Como una sola flor surtiva, / como una flor y nada más..."

La madre y el hijo en la poesía de Gabriela Mistral [artículo]

Andrés Cifuentes Ramírez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cifuentes R., Andrés

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La madre y el hijo en la poesía de Gabriela Mistral [artículo] Andrés Cifuentes Ramírez.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)